

LA MUJER EN EL REYNO DE CHILE

SOR IMELDA CANO ROLDAN
(Religiosa Mercedaria)

SANTIAGO DE CHILE
1980

escritura pública de 6 de febrero de 1684 otorgada ante Gaspar Valdés, escribano de Santiago.

Doña Josefa de los Ríos, esposa del doctor **Don Sancho García Salazar**, con quien el 1º de febrero de 1669 celebró capitulaciones matrimoniales en la villa de Madrid ante el escribano Melchor Felipe de Baena Parada. Era Doña Josefa natural de Madrid, hija de Don Francisco Ter de los Ríos Vozmediano y Arteaga, caballero de la Orden de Santiago, caballero de la Reina de España, y de Doña Josefa de los Ríos y Peña. La dote de Doña Josefa con las arras que le prometió Don Sancho sumó nueve mil ducados de vellón. Doña Josefa de los Ríos falleció en Santiago a poco de su llegada, el 25 de octubre de 1683, alcanzando a conferir a su esposo un poder para testar que autorizó el juez eclesiástico Don Cristóbal Sánchez de Abarca, previa información de testigo. El testamento se otorgó el 12 de noviembre ante el escribano Matías de Ugas. Hijos de este matrimonio fueron:

Don Bartolomé.

Don José.

Don Antonio.

Doña Leonor Teresa.

Doña María Rosa.

Doña Josefa Ana de Salazar y los Ríos.

Doña Josefa Arias Ferrer y de Saavedra. El licenciado **Don Alvaro Bernardo de Quiroz**, estando en Madrid, contrajo matrimonio con Doña Josefa. Tuvieron por hijos a:

1) Doña Josefa Bernardo de Quiroz, casada en Madrid por primera vez con Don José Ramírez de Baquedano, comisario general de la caballería en Chile, muerto bajo poder para testar otorgado en Chile a 7 de marzo de 1705 ante el escribano Domingo Oteiza. Casada por segunda vez con Don Francisco Muñoz de Torres, natural de Guadalajara, avecindado en Chile, de cuyo ejército fue también comisario general. Hijo único de este segundo matrimonio fue Don José Muñoz Hernando de Quiroz, nacido en Concepción el 16 de marzo de 1706, primer marqués de Bellavista por real título dado en San Ildefonso a 2 de agosto de 1744. Proceden de este tronco los demás marqueses de Bellavista, hasta Don Marco Aurelio Cabero y Bernardo de Quiroz, sucesor directo de esta casa; y

2) Doña Teresa, muerta en la infancia.

Muerta Doña Josefa Arias Ferrer y de Saavedra, el oidor casó en segundas nupcias con **Doña Cayetana de las Infantas y Villegas**, natural del Cuzco, sin posteridad.

Doña Manuela González de León y Rojas, casó con el licenciado **Don Juan de Corral Calvo de la Torre**, muerta en vida de su esposo. No tuvo posteridad (1).

5. Madres de chilenos ilustres

Toca referirnos a mujeres que dieron vida a hombres ilustres de la época de

(1) Todos estos datos han sido tomados de "Oidores de la Real Audiencia de Santiago de Chile" (Abraham Silva y Molina).

la Independencia, sin dejar de mencionar además, a madres de jesuitas y otros personajes notables de este período. Fueron ellas:

Doña Francisca González Bruna, madre del Abate Molina; Doña Francisca se había casado en 1735 con don Agustín Antonio Molina Vasconcelos, hijo de un militar que había alcanzado el grado de capitán.

Doña Francisca era hija también de militares y biznieta del fundador de la familias Amigo, de la que aún hay descendientes con propiedades en la Comuna de Villa Alegre y en la Cordillera del Picazo. Ocho fueron en total los hijos de este matrimonio, pero cuatro murieron al nacer o poco después de nacidos.

En 1730, fijaron su residencia en Penco.

Como herencia paterna poseía doña Francisca una hijuela en la región llamada Isla del Maule, por su ubicación entre el río de este nombre y los de Loncomilla y Putagán, y trasladáronse allá. Debió hacerse el viaje en carreta y con mucha lentitud por estar doña Francisca hacia unos tres meses encinta. Esto era a comienzos del verano de 1740.

Doña Francisca era devotísima de San Ignacio de Loyola; a todos sus hijos les asignaba este nombre, añadido a otro que los distinguiera. Pero, por grande que fuera la devoción al Santo de Loyola, cuando supo que uno de sus hijos, el futuro Abate Molina, recién cumplidos los quince años, quería ingresar a la Compañía, se negó a ello rotundamente. Ella, dada su gran religiosidad, comprendía el honor de contar con un hijo en las milicias de Cristo. Pero es indudable que hay en las madres un sexto sentido, una especie de don adivinatorio. Tuvo tal vez el presentimiento de que esta determinación significaba la pérdida del hijo más inteligente, la separación para no volver a verlo nunca. Ya había perdido a su esposo a causa de una tisis pulmonar, por lo cual desde entonces doña Francisca lo lloraba todos los días sin consuelo, aumentándose la pena con la decisión inequívoca de Juan Ignacio de entrar a la Compañía (1).

2) **Doña María Pastene**, madre del jesuita Alonso de Ovalle. Fue doña María Pastene hija de don Juan Bautista Pastene. Al saber la pobreza rigurosa que observaba su hijo, mandó que le hicieran un colchón muy pobre y ordinario. Alonso de Ovalle aceptó aquel obsequio de su madre, pero lo dio inmediatamente a un pobre y continuó durmiendo sobre unas tablas (2).

Doña Isabel González fue la madre del jesuita Olivares.

Doña Josefa Díaz Montero. Tuvo por hijo único a Manuel Lacunza, que entró a la Compañía de Jesús a los 16 años. Fue el autor de la obra llamada **Segunda venida del Mesias en gloria y majestad**, que escribió bajo el pseudónimo de Josaphat Ben Ezra. Esta obra ha sido muy discutida.

Pasamos enseguida a la esposa del corregidor Zañartu.

Doña María del Carmen Madariaga, esposa del corregidor de Santiago don Luis Manuel de Zañartu, dejó —dice J. Ebel Rosales— “sólo dos retoños, que fueron a morir a la sombra de los claustros del monasterio del Carmen de la Cañadilla”.

(1) Espinoza, *Januario. El Abate Molina*.

(2) Amunátegui, Gregorio Victor. *Anhelos de un padre recordados por su hijo*, p. 373.

La fortuna acrecentada considerablemente mediante sus hábiles operaciones mercantiles en toda la costa de Chile y el Perú y el fausto que gastaba lo hicieron un personaje cuyo nombre corría de boca en boca por los estrados de los principales salones de Santiago, hasta llegar a ser el más brillante partido matrimonial de esa época. Sus esclavos eran numerosos. En 1758, a su llegada de España había aumentado su número en dos más, comprados en 500 pesos a doña **María Mercedes Silva**. En las funciones públicas salía deslumbrante de pedrerías y su calesa o forlón era tirado por mulas cubiertas de seda y plata, que hacían sonar por las calles de la capital el más crecido número de las campanillas que se acostumbraban.

En el año de 1760 casó Zañartu con doña María del Carmen Madariaga, hija del fundador, de su apellido en Chile, don Francisco Javier Errázuriz, natural de Aranaz en Vizcaya, y de doña María Loreto Madariaga. Tuvo lugar este enlace, al que asistió casi todo Santiago, en la del feliz consorte recién comprada casa, situada en la plazuela de la Merced, esquina noroeste con la calle de las Claras.

Al año siguiente de este matrimonio, el más sonado de su época por la calidad de los contrayentes, nació doña Teresa de Jesús Rafaela de Zañartu, y dos años más tarde (1763) vino al mundo la otra y única hermana de ésta, doña María de los Dolores. Parece que ambas o por lo menos la última, nacieron en la quinta que Zañartu había adquirido en el mismo año de su matrimonio en el barrio de la Cañadilla (1).

En octubre de 1764, cuando la menor apenas contaba tres años, remitió a España una información que acreditaba la conveniencia de fundar en Santiago un nuevo Convento de Monjas contemplativas. Carlos III otorgó su licencia el 23 de julio de 1766, y el Corregidor empezó a edificar a su costa una Iglesia y un Convento que constó de 5 claustros con las celdas necesarias para 21 monjas, además de sus dos hijas que iban a entrar como fundadoras, con una dote de 20.000 pesos. El 23 de octubre de 1770, se trasladaron del Carmen de Santa Teresa al nuevo Establecimiento, que tomó el nombre de Carmen Bajo, la Madre Fundadora, en el mundo Josefa Aldunate, y cuatro monjas más; y desde la casa paterna, las dos tiernas hijas del Corregidor, a la sazón de 8 y de 11 años de edad. En 1777, previa dispensa del obispo e informe del defensor de menores don Martín de Ortúzar, profesaban a los 15 y a los 18 años.

El 17 de abril de 1782, se cumplía el místico designio del gran corregidor; el mismo Claustro que había sepultado la mañana de las vidas de las hijas y los restos de la esposa, abría sus entrañas para recibir el cadáver del padre. Un retrato al óleo, que ostenta las armas de las casas de Errázuriz y Zañartu, colgado en la portería del convento, contiene la siguiente inscripción: "El Señor Don Luis Manuel de Zañartu, natural de la villa de Oñate, provincia de Guipúzcoa; corregidor de esta ciudad de Santiago, que con sus bienes y los de su esposa, fundó y dotó esta Iglesia y convento en 1770 (2).

La obra magna del Corregidor Zañartu fue el Puente de Cal y Canto sobre el Mapocho. Su construcción duró doce años.

Doña María Loreto de Erdoiza y Aguirre, madre de Manuel Rodríguez. Nació en Santiago y recibió una educación esmerada. Era de rostro agraciado.

(1) Rosales, Justo Abel, *La Cañadilla de Santiago*, Parte II, Cap. I, ps 4043.

(2) Medina, *Documentos*. T. IV. P. 571.

La finura de sus modales y su educación la hicieron ser cortejada por muchos jóvenes santiaguinos.

Finalmente, fue aceptado el honrado comerciante español **don Lucas Fernández de Leyva y Díaz**, el cual, después de una corta convivencia con esta su tercera esposa, falleció dejando muy provista a su joven viuda, a la que le quedaron de los bienes de su difunto esposo: "Un faldellín de lana de plata flor sajón con banderola de los mismos, corpín nácara nuevo, otro de lana buena de plata y otro llano de seda archiduquesa listado con banderola de raso liso cañas.

Además, uno de raso azul, espólinado con banderola blanca de raso liso blanco" (1).

De entre las alhajas con que quedó la dama, se enumeran: Una caja de oro con la tapa con figuras de realce, con cuarenta castellanos cuatro tomines. Cinco cajas de buril de moda nueva con treinta y un castellanos dos y medio tomines cada una. Unas hebillas de oro, un rosario de oro, un relicario, dos gargantillas y "tres naranjas de oro" y además una infinidad de alhajas de plata (2).

Además en el oratorio de la casa, que estaba lujosamente adornado, quedaba dueña la hermosa viuda de un cáliz de plata dorado con su patena, un frontal, una imagen de bulto y Nuestra Señora de las Mercedes de tres cuartos de alto y "su vestido de Chancelote con coronita de plata y seis zarcillos de Piedra". Una casulla, estola y manípula; manteles de Cambray, etc..

"Talegas" dice el inventario, y de entre ellas se cuentan "Una de mil pesos, en dieces y medios; otra de mil pesos en reales; otra de dieces y medios; otra de la misma moneda; otra más de la misma moneda y cantidad; otra de cuatro mil pesos fuertes; otra de setecientos pesos fuertes; otra de varias monedas con un total de quinientos setenta y dos pesos; otra de siete mil treinta pesos cinco reales. Otras dos con castellanos de oro; otra con setecientos nueve pesos dos reales, que reducidas a los valores de la actual moneda serían una gran fortuna" (3).

Por lo que puede verse la viuda del opulento señor Fernández de Leyva y Díaz quedó en excelente situación económica. Además, por su belleza bien pronto fue solicitada por nuevos pretendientes, siendo sólo afortunado el joven peruano Carlos Rodríguez de Herrera y Zeballos.

Después de corto preámbulo, pudieron celebrar su feliz unión en abril de 1784. Cerca de 25 años duró el matrimonio de doña María Loreto con don Carlos Rodríguez. Tres hijos nacieron de los mencionados cónyuges: don Manuel Javier, don Carlos y don Ambrosio María.

A doña María Loreto le quedó un hijo de su primer matrimonio, don José Joaquín Fernández de Leyva y Erdoiza, al cual después le correspondió desempeñar el cargo de Diputado de Chile en las Cortes de Cádiz por el año de 1809, fecha en que su madre ya había fallecido.

De entre los tres hijos del segundo matrimonio, el que más nos interesa es don Manuel Rodríguez, bautizado en la Parroquia del Sagrario el 25 de febrero de 1785, y que, después de haber tenido una destacada participación en las luchas de la Independencia, encontró un trágico fin en las cercanías de Til-Til.

Doña Francisca de Paula Verdugo. La madre de los Carrera.

Fue hija única del Oidor don Juan Verdugo, título más que suficiente para darle mérito y realce a esta notable mujer. De ellá aprendieron los hermanos

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín. *Historia de Santiago*.

(2) y (3) Vicuña Mackenna, Benjamín. *Historia de Santiago*.

Carrera los bríos que los hicieron héroes y las voluntades férreas que los empujaron a las rebeliones y al cadalso después. Fue doña Paula Verdugo, en verdad, una mujer por muchos títulos superior y anticipada a su siglo. Como hija única, tuvo pingue herencia, siendo parte de ella la valiosa hacienda de San Miguel. Como era rica y de distinguida familia, diéronle una educación especial y casi brillante para su época.

Se ha dicho que cultivó la música, la geografía y algo de lenguas, en especial el latín, que aprendió en los mamotretos del Oidor, su padre.

No era, como la pinta la tradición, de figura sobresaliente, por ser en extremo pequeña, pero suplía a la estatura el donaire de sus modales, la sagacidad de su trato y el buen gusto de su conversación de salón.

Doña Paula acostumbraba recibir en sus salones de preferencia a aquellos chilenos que habían visitado a Europa, como el tesorero Manso, el canónigo Larraín, el coronel de Artillería Araos y un hidalgo muy celebrado en la pequeña sociedad de Santiago por la cultura de sus modales, llamado don José Semerino. En medio de este círculo escogido fue donde se educó la primogénita de la familia, con gran recogimiento hasta que cumplió su edad núbil. Casó más o menos en 1777 con el joven capitán **don Ignacio de la Carrera**, hombre de exterior bellísimo, pero sin más prendas morales que una gran bondad. Don Ignacio tenía, al tiempo del matrimonio, 30 años, pues había nacido en 1747, y su esposa debía ser mucho más joven (1).

El fallecimiento de esta distinguida dama debió tener lugar por el año de 1806.

Doña Isabel Riquelme, madre de don Bernardo O'Higgins. A través de su padre, D. Simón, se entronca con el primer Riquelme conocido en la historia de Chile. En efecto, el padre de esta dama, don Simón Riquelme y Goycochea, es el cuarto nieto del conquistador Riquelme de la Barrera. Había nacido en Chillán el 7 de noviembre de 1729. Recibió como cualquier vecino una regular educación. Aprendió a firmarse, a escribir y algunas nociones de buen cristiano. Del patrimonio de sus padres, dividido entre sus diez hermanos, le tocó recibir solamente cuatrocientas cuerdas de tierra en Palpal, predio agrícola que deslindaba al Sur con el de don Ignacio Puga y Córdova Figueroa, y al Norte, con el de su hermano Apolinario.

El 15 de junio de 1811, don Manuel y don Estanislao Riquelme, hijos de don Simón, vendieron por escritura pública, ante el notario Zenteno de Santiago, las cuatrocientas cuerdas de Palpal a don Manuel Puga, quien poseía mil cuerdas colindantes (2).

Riquelme De la Barrera había casado con doña Leonor Alvarez de Toledo, hermana de Doña Aldonza y Bernardina, quienes tuvieron también una destacada actuación en la defensa de Chillán, según ha llegado hasta nosotros a través de la epopeya del Purén Indómito.

Del enlace del capitán de caballería, don Simón Riquelme y Goycolea, y de la hija de don Fermín de Meza, alcalde de la ciudad, habían nacido dos hijas: Lucía y María Isabel. La madre murió al dar a luz a la última, por lo que ésta no conoció las ternezas maternas.

El padre casó por segunda vez, después de doce años de viudez.

(1) Vicuña Mackenna, B. **El ostracismo de los Carrera**, pág. 437.

(2) Archivo Nacional. Santiago - Chile - Notaría.

En su casa, situada cerca de la plaza mayor de Chillán, se alojaban a menudo algunos personajes de importancia. Entre ellos fue a hospedarse en una ocasión en 1777, el irlandés Ambrosio O'Higgins, que tenía entonces 57 años.

Privada Isabel de la vigilancia materna, cedió a las instancias del astuto militar. Tenía apenas dieciocho años cuando pasó el coronel O'Higgins por la estancia de Palpal en Chillán, allí se conocieron. Tal vez, por primera vez en su vida sintió el terco y maduro irlandés, de aspecto agrio y corpulencia deslucida, estremecimientos de juventud; quedó pronto cautivado por la mirada azul y ardiente y la negra cabellera de Isabel, la que, halagada con promesa formal de matrimonio quedó con su honor hecho jirones (1).

¡Cómo fue juzgada Isabel, después de aquella emboscada en la noche del 24 de noviembre de 1777! Sin embargo, supo mostrarse superior a su desgracia, supo ser fuerte y prudente. Mujer de entereza moral a toda prueba.

Cuántas veces debió contener los suspiros y las lágrimas al tener que sobreponerse a la estrictez de su sociedad, que implacable la condenaba. Trataba de esconderse de la curiosidad de los vecinos y de la indignación de sus deudos. Pasó por todo en esa época menos comprensiva que la nuestra.

No falta quien opine que, después que Isabel se sintió madre, quedó en su misma casa paterna, recluida en uno de los aposentos interiores; además, la tradición chillaneja, que afirma que O'Higgins nació en la casa de don Simón Riquelme, situada a pocos metros de la plaza principal, respalda este aserto (2).

Siguiendo el sistema de la época, se hurtaron a Isabel Riquelme los honores de la madre y de la esposa. Bien merece ella el honor de ser la primera dama de la historia de Chile, por haber sido la forjadora del forjador. Fue la madre del padre máximo de la patria, por lo cual cabe llamarla Madre de la Patria.

Después de estos acontecimientos quedó doña Isabel todo el tiempo en Chillán. Luego conoció a un caballero llamado Félix Rodríguez Rojas, con quien se casó.

El niño Bernardo fue criado en la casa en que nació hasta los cuatro años y enviado después por su padre a Talca, a casa de su amigo don Juan Albano Pereira, que vivía en una hacienda cercana a la ciudad, valiéndose de un oficial de toda su confianza. Allí halló afecto hogareño y solícitos cuidados. Aun más, Albano, comprendiendo la anómala situación en que se encontraba su pupilo, trató de asegurarle por lo menos el porvenir, certificando legalmente su origen. Lo hizo bautizar por el párroco Pedro Pablo de la Carrera "bajo condición" con el nombre de Bernardo O'Higgins, sirviendo él y su esposa de padrinos (3).

Al poco tiempo, doña Isabel quedó viuda y con una hija, llamada Rosa.

Bernardo estudió cuatro años en Lima y volvió momentáneamente a Chile. En Talcahuano doña Isabel, esperaba a su hijo, acompañada de Rosita Rodríguez, hermana de Bernardo, habida en el matrimonio con don Félix. Corta entrevista y partida inmediata que dejó a Bernardo profundamente abatido porque no pudo comportarse como hijo con su madre. Había en ella algo inexplicable, una señora amiga, muy buena, muy dulce, pero que no le pertenecía en forma exclusiva.

(1) Eyzaguirre, Jaime. *O'Higgins*, Cap. I, págs. 16-17.

(2) Quinzio di Giacomo, Camilo. *Doña Isabel Riquelme y Meza* p. 37.

(3) Pizarro, Orlando. *El primer prócer de Chile*. Ed. Gutiérrez. Temuco 1949.

Después pedirá doña Isabel, escriba el mulato Riquelme a don Bernardo con algunas noticias de Chile.

En 1800 vuelve O'Higgins a América (a su Patria). Ha recibido noticias de Chile enviadas por el mulato Riquelme, quien lo informa sobre "su madre". También Rosita por el mismo intermediario, le informa de Chile.

Le pido, me encomiende a Dios, le decía a su madre como yo la encomiendo en todas mis oraciones, pues los peligros que tengo que pasar son bien grandes, los mares están llenos de corsarios y buques de guerra ingleses, le encarga a su madre que le conteste a Buenos Aires, para tener una anticipación de su cariño al llegar a la patria. Le pesaba llegar a Chillán bajo el prolongado silencio de aquella madre que recordaba bella y cariñosa y que nunca le escribió directamente en su ausencia.

Sin embargo, Jaime Eyzaguirre, en su obra "O'Higgins", alude alguna vez a epístolas maternas:

"Una carta de su madre, le participa el fallecimiento de don Simón Riquelme de la Barrera. Ahora vive con sus hermanas solteras en estrecha situación económica. Y las nuevas que se tienen de don Ambrosio, distan de ser mejores".

Nos informa, además, de que:

"Al saber la muerte del virrey del Perú, su padre y la herencia que le dejara en Chillán -Hacienda Las Canteras-. Rápidamente. De Santiago se trasladó a Chillán a estrechar tiernamente a su madre y a su recordada hermana Rosita, con quienes vivirá algunos años, ayudado también por su tío, don Manuel Riquelme".

Como dato ilustrativo, podríamos agregar a la chinita regalona de doña Isabel Riquelme llamada Petronila Riquelme, unida en matrimonio con don José Toribio Pequeño, hermano del médico de la casa.

Don Bernardo quiso siempre un hogar que diera la tibieza y el cariño que le faltó de los años más bellos de su vida... Cuando más tarde hubo de abandonar con el poder supremo, su patria, le acompañaban su madre, su hermana a quien entrañablemente quiso hasta el extremo de que ella gustó ser llamada con el apellido de O'Higgins, y su hijo natural llamado Demetrio, que como su padre, había nacido en Chillán Viejo.

Vicuña Mackenna hace un retrato descriptivo de doña Isabel en su obra titulada "Vida de O'Higgins", y lo insertamos aquí por considerarlo interesante.

Era Doña Isabel Riquelme, en la época que la conoció el futuro virrey del Perú, pequeña de estatura, pero ágil y esbelta y mostraba donaire en todo su porte. De rostro ovalado y de tan negra cabellera, como blanca su tez y rosadas sus mejillas. El color de sus ojos grandes y rasgados era de azul profundo, su boca pequeñísima y afable y la expresión de su rostro reflejo de su alma

(1) El mulato Riquelme. Fernando Santiván. 2ª Edición editada en Zig-Zag, 1956.

era de tal dulzura que aún en los últimos años de su vejez, no había perdido ni su embeleso ni sus airosos perfiles (1).

Doña Isabel murió en el Perú en 1839; José Gil pintó de ella un retrato conservado en el Museo Histórico Nacional. El retrato lleva al respaldo la siguiente inscripción: "Isabel Riquelme. Fecit Josephus Gil. Anno Libertatis 1819" Dimensiones 102 alto por 77 de ancho.

Doña Mercedes Rosales de Larraín. Madre de don Vicente Pérez Rosales, ha sido retratada por don Augusto Orrego Luco en la forma siguiente:

Doña Mercedes Rosales y Larraín, madre del autor de "Recuerdos del Pasado", poseía una vasta cultura, como también otras damas de la época y que tal vez por el afán de desvirtuar y aminorar todo lo que tuviese relación con la Península no se tomó en consideración.

Ella unía en sus dos apellidos la más acentuada disposición aristocrática y pertenecía a la casa otomana o de los ochocientos, como se llamaba a los miembros de la familia del segundo de su apellido, pareció una extraordinaria coincidencia el que juntara a la fealdad de su rostro, la gracia y el desplante de su hermoso cuerpo; estaba dotada de una inteligencia ardiente, una imaginación fecunda, realzadas por una exquisita cultura intelectual. De la señora Rosales y Larraín, dijo el barón de Mackan, comandante de la fragata de guerra francesa Clorinda que "en la corte de París esa deliciosa señora por su belleza espiritual y también por los rasgos felices de su extraordinaria inteligencia y por lo vasto de su ilustración, muy superior a la mayoría de las mujeres europeas, podría hacer el papel más señalado, distinguido y notable, compatible con el rol de una mujer" (2).

Los contra almirantes Jurién de la Gravière y Rosamel Ducampel extremaron el elogio de esta dama. Del primero es este juicio:

"No me parecía posible encontrar en un país como Chile mujeres de sociedad tan distinguidas. Aparte de la belleza de éstas, en ilustración nada tienen que envidiar a las francesas. La señora Rosales Larraín del Solar en cualquier salón de París llamaría la atención por su inteligencia y cultura" (2).

Del segundo es la siguiente apreciación:

"Le pregunté si sus estudios los había hecho en Europa porque no podía comprender un grado tal de preparación en materias literarias y científicas que dominaba admirablemente. Me respondió que su educación había sido la corriente que se daba a las niñas de sociedad en las escuelas de los conventos de monjas, pero que ella debía a sus padres el conocimiento de los idiomas francés e inglés que hablaba correctamente, y que sentía por la lectura una pasión que la llevaba a descuidar a veces sus deberes domésticos".

Casos como éste no son raros en la alta sociedad del Reyno de Chile. Testimonios de esta naturaleza abundan en fuentes insospechables, imparciales, ajenas a todo móvil de encomio o de pasión. Los viajeros con sus libros de memorias ornan estas fuentes. Las queremos recordar de paso: María Graham se refiere en su diario, con exaltación, no sólo a la imponderable belleza de doña Javiera Carrera, sino también a la cultura de su espíritu (3).

(1) Vicuña M., Benjamín. *Vida de O'Higgins*, pág. 37.

(2) Orrego Luco, Augusto. *Hist. de la Patria Vieja T. I.* p. 71

(3) Orrego Luco, Augusto. *Hist. de la Patria Vieja T. I.* p. 71.

Federico Walpole, que viajó por Chile entre los años 1845 a 1848, y que conoció a muchas de las damas que sobrevivían todavía a la época del coloniaje, admira la ilustración de éstas y declara que estas señoras, en general, poseían una ilustración más segura que las niñas que entonces eran sus nietas.

Peter Schmidmeyer, que estuvo en Santiago entre los años 1820 y 1821, extranados de la rara inteligencia de la mujer chilena, que ha sabido aprovechar esa facultad para ilustrarse en forma halagadora.

Frezier, viajero del siglo XVIII, quedó sorprendido de la cultura intelectual de la mujer chilena en el ambiente intrucción.

La misma María Graham se impresionó fuertemente con los vastos conocimientos de la literatura francesa de doña Mercedes Solar, que hablaba aquella lengua con soltura y perfección.

Como no era del todo completa la enseñanza que recibía la mujer chilena de la sociedad, en los monasterios de monjas, aunque las Agustinas fueron las grandes institutrices de la época, en el hogar esa enseñanza se continuaba desarrollando merced a profesores que ampliaban la recibida en las aulas.

“La gente acomodada, llamaba profesores a sus casas para la educación de la familia. Esos profesores prestaban a veces generosamente este servicio, aún cuando su situación no fuera muy holgada” (1).

Doña Luisa Recabarren de Marín. Madre de la poetisa chilena Mercedes Marín del Solar.

Por los años de 1777 había nacido en La Serena. Fueron sus padres don Francisco de Paula Recabarren y Pardo de Figueroa y doña Josefa Aguirre y Argandoña, personas de reconocido mérito, pero muy poco tiempo gozó de la gran felicidad de convivir con ellos, pues quedó huérfana a los ocho años, bajo la tutela de su cariñoso tío, que era el deán de la Catedral de Santiago, don Estanislao Recabarren, y de su bondadosa tía Juana, hermana del deán, que, habiendo quedado viuda y joven y sin familia, habíase ido a casa de su hermano. Allí recibieron a esta huérfana, que bien pronto se hizo notar por su aplicación al estudio y por su caridad. Fue allí donde con nobles ejemplos recibió una esmerada educación cristiana. Con frecuencia se recibía en casa del deán a personas de una más que regular cultura, eclesiásticos eminentes y letrados, lo cual seguramente contribuyó mucho a formar en la pequeña Luisa el gusto por la cultura y la belleza sin afectaciones, sin aires de superioridad, ni disminución de sus virtuosos sentimientos.

Fue una mujer llena de gracia y atractivos, que a los 19 años conoció al ilustre don José Gaspar Marín, hábil juriconsulto, con quien unió su existencia.

Desde entonces consagróse por entero al estricto cumplimiento de los deberes de esposa y madre, consciente de su noble misión en la tierra.

Intelectualmente doña Luisa Recabarren fue una mujer notable. Había leído mucho, pero según ella, sin orden y sólo por divertirse. No era así, pues notábase en su conversación una sólida y vasta instrucción especialmente en materias religiosas. Poseía bastante conocimiento de historia general, y especialmente de la historia contemporánea de Europa. Las bellezas de la literatura y de la lengua

(1) Orrego Luco, Augusto. *Historia de la Patria Vieja*. T. I. Pág. 71. Santiago.

francesa no le eran desconocidas tampoco, pero era especialmente conocedora de la historia de la Revolución de nuestra Independencia. Su hogar fue el punto de reunión de los patriotas: Vera, Camilo Henríquez, Argomedo, Mackenna, como también de otros escogidos personajes de la sociedad santiaguina. Doña Luisa tomaba activa parte en las conversaciones y discusiones que pronto derivarían en los acontecimientos de 1810.

Pero, no acabaron, con la fecha indicada, las actividades de la inteligente dama. En 1814 hubo de emigrar su esposo al otro lado de los Andes. Ella, con más que maternal solicitud, se integró al cuidado de sus hijos. Además, habiendo sido confiscados sus bienes por ser ella esposa de un prófugo, reclamó valientemente los derechos sobre su dote, obteniendo un feliz fin después de un penosísimo pleito.

Comunicábase constantemente con su esposo, tratando de alentarlo en su ya triste y penoso destierro. No dejaba, eso sí, de trabajar aun con varonil audacia por la causa de los patriotas, a quienes en repetidas ocasiones reunía en su casa para darles noticias de allende los Andes y leerles la correspondencia y las noticias del ejército que pronto arribaría a la patria chilena.

Conocida esta audaz participación de la señora Recabarren por el capitán San Bruno, fue conducida, aunque en honor a la verdad, hay que decir, con muchos miramientos, al monasterio de Agustinas, donde debió quedar detenida hasta que se le procesara, pero el ejército libertador entró triunfante el 12 de febrero de 1817, pudiendo encontrarse esta ilustre dama con su amado esposo, con quien vivió hasta 1839, fecha en que quedó viuda (1).

Doña Victoria Pozo y Silva. Madre de don José Ignacio Zenteno.

Ella contaba entre sus ascendientes a personas esclarecidas, tanto por su ilustración como por los puestos que ocuparon.

Fue hija legítima de don Tomás Pozo y Silva y nieta de don Luis Pozo y Silva, conquistador y fundador de algunos pueblos de la frontera. A esta familia perteneció el Obispo don Luis Pozo y Silva, primer chileno que ocupó la dignidad de Arzobispo, pero en Charcas.

Doña Victoria contrajo matrimonio con don Antonio Zenteno y Bustamante, el 1º de setiembre de 1785, y de esta unión nació, el 31 de julio del siguiente año, el general chileno don José Ignacio Zenteno.

Fue doña Victoria la verdadera forjadora del carácter de su hijo. Dirigió inflexiblemente sus pasos hacia el engrandecimiento personal.

Entre las muchas anécdotas que se cuentan para testimoniar la severidad de esta madre cuidadosa de la educación de su adolescente, está la que presenta en una ocasión a Zenteno, que se divertía en su patio interior de su casa, al pie de un naranjo, tocando un violín, doña Victoria tomó el instrumento y rompiéndolo contra el tronco del árbol le dijo:

“Esto es un embeleco que para nada sirve a un hombre serio y que hace perder mucho tiempo” (2).

Doña María Encarnación Fernández de Palazuelos. Casada con don José Santiago Portales, superintendente de la Casa de Moneda a fines del siglo XVIII, cuando nació don Diego Portales, era éste, nieto en cuarto grado del Gobernador de Chile don Francisco de Meneses, apodado “Barrabás”.

(1) Zenteno, Ignacio. *El general Zenteno*. Rev. Ch. de H. y G., T. X, pág. 472 (1914).

(2) Zenteno, Ignacio. *El general Zenteno*. Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo X, pág. 472 (1914).

De su madre, doña María Encarnación Fernández de Palazuelos, sabemos que era hija del español don Pedro Fernández de Palazuelos y Ruiz de Cevallos y de doña Josefa de Aldunate y Acevedo Borja. Esta última, hija de don Domingo Aldunate Barahona y de la dama peruana doña Petronila de Acevedo Borja, que entronca tradicionalmente con la familia papal de los Borgias (1).

Doña Manuela Fernández de Rebolledo, esposa del arquitecto Joaquín Toesca. Este era hijo de don José Toesca y de doña María Rechi, vecinos de Roma. Llegó a Chile, y a los dos años de residir en nuestro país y cuando contaba 27 años de edad, conoció a la que había de elegir como compañera, doña Manuela Fernández de R. Muy poco tiempo tuvo la flamante pareja para conocerse, pues el artista, que pronto se haría famoso en el Reyno, quiso casarse con ella en abril de 1782. En el Archivo Parroquial de "Santa Ana", se encuentra la siguiente partida de matrimonio; en que consta su verificación:

"En la ciudad de Santiago de Chile, en 6 de abril de 1782, don Eusebio Guerrero, Teniente cura de esta parroquia de N.S. de Santa Ana, habiendo el señor doctor don José Antonio Martínez de Aldunate, Prov. y Vic. Gral, dispensado las proclamas que el derecho dispone y habiendo resultado por último sus consentimientos, a don Joaquín Toesca, natural de la ciudad de Roma, hijo legítimo de don José Toesca y de doña María Catalina Rechi; y a doña Manuela de Rebolledo, natural de esta ciudad, hija legítima de don José de Rebolledo y de doña Clara Pando; y constando la voluntad de ambos pasó a casarlos 'in facie ecclesie', siendo padrinos los padres de la consorte y testigos don Agustín Salomón y don Domingo Cañol, de que doy fe. DR. FRANCISCO CRUZ" (2).

Contaba entonces doña Manuela 17 años. Era joven, hermosa y atrayente; su esposo la amaba, pero ella no supo comprenderlo, y cuando la impetuosa crecida del Mapocho en 1783 arrasaba con la obra del arquitecto, poniendo en tela de juicio su competencia profesional, doña Manuela no comprendió como tampoco sus contemporáneos la obra generosa y gratuita de este gran hombre, y no fue capaz de darle el apoyo moral que en esos momentos él necesitaba.

Frívola y coqueta, necesitaba a su marido sólo por su renombre y para pasear con él su donaire y juventud, luciendo por las calles y playas, según la expresión de Roberto Toro "vestidos de raso verde y negro, rosados y blancos, mantillas de bayeta castellana de tinte morado, sarcillos de oro y perlas, cintillos guarnecidos de diamantes, gargantillas y rositas (3).

Después del triste suceso de la crecida del Mapocho, él y su mujer parecerán dos seres antagónicos. Ella no fue ni consuelo, ni lenitivo; no fue la afable compañera que compartía las fuerzas de su esposo. Para Toesca fue como un bloque de mármol, la indiferencia personificada, y, muchas veces, al volver el arquitecto Toesca a su hogar no la encontraba en él, y no obstante lo engañaba quejándose de un abandono y soledad ficticios. Pero fue mayor su incompreensión todavía en los momentos de triunfo de su marido.

En el artículo del Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Roberto Toro resume en pocas líneas la historia de Toesca y su mujer, tildando sus vidas de "Vidas al extremo incongruentes, opuestas, se rechazan hasta el odio y se

(1) Archivo Parroquial de Santa Ana. Libro II, pág. 149.

(2) Encina, Francisco A., *Portales*. Cap. IV, pág. 185.

(3) Toro T. Roberto, *Toesca. Ensayo sobre su vida y sus obras*. Boletín de la Ac. Chilena de la Historia, 1934.

quieren con arrebatadora pasión. Se alejan y se llaman desde la distancia, se acercan para odiarse después, con la misma impetuosidad con que se amaron. Comedia insoportable que duró los últimos 17 años del arquitecto. Muchos trataron de arreglar este delicado asunto conyugal, pero no consiguieron sino enredarlo más" (1).

La mente ingeniosa y rápida de doña Manuela llegó al extremo de concebir cómo darle el golpe de gracia, y, en un intento sadista, decidió en 1794 hacerlo morir, poniendo solimán en su plato favorito, los espárragos, pero no surtió efecto el veneno (2). Ventilado el asunto, fue recluida en el convento de las Agustinas y en el de la Victoria, en donde, por tres y dos años, respectivamente, permaneció, pero no se enmendó, Manuela Fernández, si bien es cierto, que salió momentáneamente mejorada después de su reclusión. Transcurrido un año volvió a ser la misma.

Estuvieron varias veces los esposos a punto de divorciarse. Muchos trataron de impedirlo, y aun el Obispo Marán intervino para impedir el divorcio del arquitecto Toesca y doña Manuela Rebolledo, y en una carta en que el ilustrísimo don Francisco José Marán comunica al Rey que se ha suspendido el juicio de divorcio de don Joaquín Toesca contra su esposa doña Manuela de Rebolledo y que se han juntado y viven en buena armonía, agrega lo siguiente:

"Se ha logrado cumplidamente y habiendo conseguido mediante mis amigos y amonestaciones que ambos consortes estén viviendo en la mejor unión y buena armonía con tan buen ejemplo y edificación del público, como escándalos y perturbaciones causaron sus pasados alborotos y desavenencias" (3).

Así fue cómo muchas veces los creyeron inseparables, al verlos pasear por la Plaza Mayor de Santiago. Escritos de ese tiempo nos dirán:

"Qué hermosa, fina y elegante se veía ella; se presentaba del brazo de su consorte, ataviada con un vestido negro crujidor, la mantilla de bayeta morada que graciosamente caía desde la cabeza a la cintura; las perlas de la gargantilla rivalizando con un cintillo de oro con diamantes y el rosario de oro, y detrás de ellos la negrita portadora de la alfombra de su ama para la iglesia. Pero como todo era pasajero en ella, volvía bien pronto a caer en sus desvaríos por lo que hubo de ser recluida en el beaterio de Peumo.

Allí fue donde el párroco quería ofrecerla a Dios, arrepentida y purificada, por lo cual lucha; ella no es para eso, siente otras ansias de amor terreno y busca el placer pidiendo la felicidad a otros hombres de diferentes edades, pues no la encuentra en su esposo, hombre a quien ama, pero para quien su amor es un enigma. Lo seguirá con el pensamiento a todas partes y desde el mismo beaterio le escribirá: "Si quieres que me vaya contigo, mándame a buscar cuando quieras, que estoy muy pronta".

"Respóndeme, Toesca, esta carta, dame ese gusto y no me des que sentir, porque ya pienso de otro modo y mientras tanto pido a Dios por tí" (4).

El mismo día que declaraba esto, enviaba también carta a su madre para que la entregara a Juan José Goicolea, discípulo de matemáticas de Toesca. El sabe todo esto, y a pesar de esto, la quiere por ser su esposa, y hasta en sus últimos momentos, cuando rendido de luchar va a caer en brazos de la muerte, sólo tuvo palabras de perdón y de afecto para su mujer que tantas veces lo engañara y contra quien terminó interponiendo demanda de divorcio perpetuo. Doña Manuela Fernández de Rebolledo fue relegada al fin por seis años a una casa de ejercicios.

(1) Expediente de la Real Audiencia sobre juicio entre ambos.

(2) Expediente de la Real Audiencia sobre juicio entre ambos.

(3) Documento N.º 374 del Archivo del Arzobispado de Santiago. Libro IV, pág. 396.

(4) Documento N.º 374 del Archivo del Arzobispado de Santiago. Libro IV, pág. 396.